



NOCIONES DE ARQUITECTURA AL ALCANCE DE TODOS.

(Conclusion.)

La Fig. 6.^a es un ejemplo de gran losa que se apoya en los dos soportes ó muros verticales, labrado todo por los *druidas*.

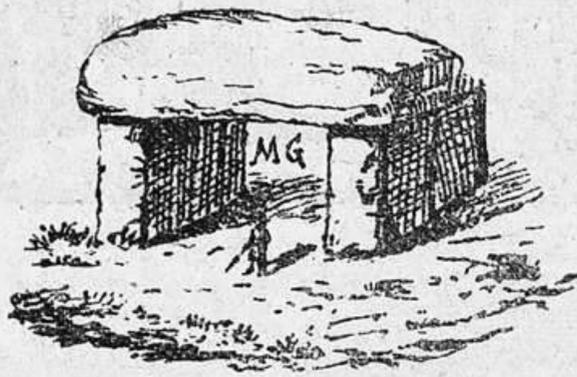


FIG. 6.^a—*La Roca de las Hadas, ó sea cubierta druidica en Bretaña.*

Es curioso saber que en aquellos remotísimos tiempos se hacían las sepulturas abriendo en tierra una fosa y colocando los cadáveres acurrucados, y en compañía de sus armas, instrumentos y alhajas, que eran de made-

ra, hueso y asta de ciervo. En la *edad* llamada *de la piedra*, está marcado el segundo período prehistórico, viéndose las sepulturas cubiertas por montículos muy altos, rodeados ó terminados por piedras más ó menos colosales. Por esto las llamaban los antiguos germanos las tumbas de los gigantes ó héroes. También se han encontrado esqueletos con armas y útiles de piedra, tallado ya todo con pulimento, y algunas veces ponían ámbar y vasijas de color moreno y grosera pasta. En el tercer período, llamado la *edad del bronce*, se señala el enterramiento por un monton cónico, más pequeño que el anterior, y por la ausencia de grandes piedras.

La Fig. 7.^a representa otra clase de tumbas, llamada *túmulo*, debajo del cual había la *urna* ó el *osario* que

guardaba *los huesos calcinados*, que es á lo que se llamaba la *cremacion* de los cadáveres. En dichas tumbas ha-



FIG. 7.^a—*Túmulo ó sepulcro de la edad del bronce.*

bia armas, útiles y joyas muy artísticas de *bronce*, en cuyos adornos dominaba el círculo y la línea espiral.

En la edad de *hierro*, que fué el cuarto período, apenas se veía ya el *túmulo*, y los sepulcros estaban sólo en la tierra, con armas de hierro, plata y esmaltes, con adornos rectilíneos.

Tal vez estaréis bostezando ya, curiositos lectores, cansados de fijar vuestra atención en estos conocimientos; pero como Pepito y Manolo me han escuchado con la *boca abierta*, voy á concluir cuanto ántes, diciéndoos que la Arquitectura la emplean instintivamente algunos animales: así, por ejemplo, la hormiga escarba en tierra largas galerías, que vosotros mismos habeis descubierto, metiendo un baston en el boquete por donde entran las laboriosas hormigas, y despues de *arruinarlas* su vivienda, os reis picarescamente, viendo cómo huyen asustadas de vuestra crueldad (que sólo es propia de las fieras).

¿Pues y la *colmena* de la abeja, que es el símbolo del trabajo productivo? ¿Y el nido de los pajaritos que algunos

chicos se entretienen bárbaramente en destruir á pedradas? Y la madriguera ó gazapera del conejo, la vivienda del castor y tantos otros, ¿no son admirables ejemplos de la sabiduría divina en las obras de la creación?

Así vemos que tambien el hombre, despues de la cabaña primitiva y de las grandes piedras informes que os he explicado, pensó en dedicar sitios donde adorar á la divinidad y á los ídolos falsos que hubo largo tiempo en la antigüedad. Los pueblos de la India tallaron inmensas grutas en la roca viva, que fueron los primeros templos construidos por los hombres. La Fig. 8.^a da idea de una de aquellas grutas.

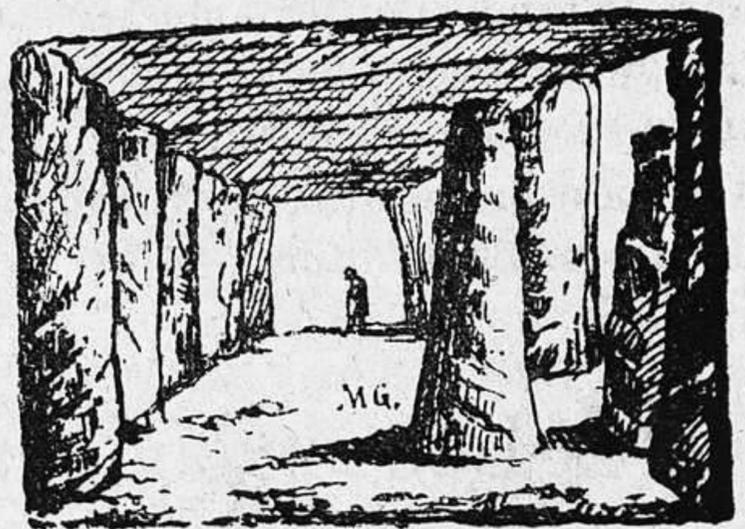


FIG. 8.^a—*Interior de una galería tallada en la roca.*

¿Qué niño no sabe la Historia Sagrada y lo que sucedió en la célebre *torre de Babel*, que la soberbia de los hombres quiso levantar hasta las nubes?— Aquí en la Fig. 9.^a está la vista de tan afamada torre, que tenía 189 metros de altura y otro tanto de anchura sus lados; es decir, su-

poned ¡nueve casas de á cuatro pisos, unas encima de otras, y por ahí podréis calcular la grande altura á

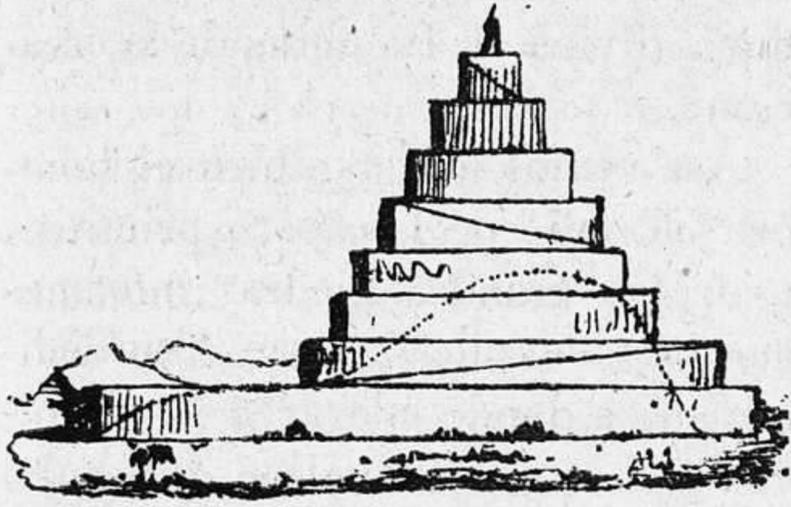


FIG. 9.^a—*La Torre de Babel.*

que pretendieron llegar aquellos mocitos! — Las líneas oblicuas indican las rampas que facilitaban la subida hasta la última meseta ó plataforma, donde Nabucodonosor, cuando restauró la tumba de Belus que se hallaba en la torre de Babel (cuyas ruinas existen aún en Borsippa), mandó colocar una estatua de *oro macizo* de doce codos de altura.

¡Vaya! puesto que teneis ganas de dar brincos, salto yo tambien aquí á España, donde los antiguos iberos principiaron su afición al arte y á *los toros*, labrando toscamente los representados en la Fig. 10.



FIG. 10.—*Los toros de Guisando.*—*Esculturas en tosca labra, de los primitivos pueblos de España.*

Con que ahora á descansar, ó mejor dicho, á *jugar al toro*, y sin poner *muchas banderillas* y sin lastimarnos recibiendo porrazos, *no hagais nunca el toro*, siendo preferibles otros juegos ménos peligrosos.

Adios, niños, y hasta otro dia.

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

LOS CINCO DEDOS DE LA MANO.

Todas las criaturas revelan claramente la omnipotencia y sabiduría del Criador; pero el hombre descuellosa sobre todas. Su arquitectura es un patente milagro: cada una de las partes de que consta es una grande maravilla.

Fijaos, niños, aunque no sea más que en la mano. Extendida, forma una bonita pala; encorvada, suple á

una vasija; completamente cerrada, figura un martillo; es la mano la más completa, más sencilla y más útil máquina.

Dividida por la parte superior en cinco partes desiguales que se llaman dedos: *pulgar, índice, de enmedio, anular, pequeño ó meñique*, sirve al hombre de tijeras, tenazas, buril, anillos, polea, etc., sin cuyo auxilio

sería imposible que diese á luz esa multitud de obras con que hace frente á todas sus necesidades. Con ella construye las herramientas para cultivar la tierra; con ella elabora las viandas que le sirven de alimento; con ella hila y teje el algodón, la lana, el cáñamo, con que cubre su desnudez; con ella..... pero ¿á qué cansarnos? ¿No sería más breve decir que no hay obra material humana en que no tome parte el maravilloso y sorprendente instrumento de la mano, y que con razon un célebre escritor ha dicho que un manco es tan inútil á la sociedad como un ciego desgraciado?

¿Qué hubiera sido el pincel de Murillo si le hubiera faltado aunque no fuese más que el índice? ¿Qué la espada del Cid sin el anular? ¿Qué la lanza, buril; etc., á otra multitud de héroes y artistas, si hubiesen carecido de los demas? Nada ó poco más que nada.

¡Oh prodigio de la mano! Con tus cinco admirables divisiones se pueden ejecutar operaciones de aritmética, se pueden formar letras y hablar un lenguaje mudo que sólo lo entiendan las personas de nuestro aprecio, aunque estemos entre gentes ilustradas (por más que esto no se deba hacer por ser muy poco cortés y urbano), con los dedos, en fin, podemos festejar al Señor, pulsando, como David, las cuerdas del arpa, de la lira y otros instrumentos músicos.

¡Bendita mano y más bendito su Criador! ¡Cuántos prodigios encier-

ra en esa pequeña y admirable parte del cuerpo humano!

En ella parece tambien que ven personificada la jerarquía de sociedad los hombres pensadores. Si se les pregunta por qué hay esta desigualdad de fortuna entre los hombres, lo primero que contestan: *porque los dedos de la mano no son iguales*; pero todos son absolutamente necesarios con la forma y dimensiones que tienen.

Miran el pulgar como el símbolo del trabajo del pueblo; el índice, del arte, de la inteligencia; el de enmedio, como la imagen del soberano; el anular, como el de la fuerza, y el pequeño, como la gracia. Cualquiera de ellos que falte, dice Faraon, destruye la armonía.

Sin pulgar, el trabajo es imposible; sin índice, no se puede acabar ninguna obra de arte; sin el de enmedio, los demas son impotentes y tardos; sin anular, no se puede esgrimir bien la espada; y sin pequeño ó meñique, pierde la mano toda su gracia.

Lo mismo sucede en la sociedad. En ella se encuentran sabios é ignorantes, amos y criados, ricos y pobres, reyes, ministros, gobernadores, alcaldes..... etc., etc., quitad cualquiera de ellos y desaparecerá el orden. Todos son necesarios para que subsistan las sociedades: el pobre necesita del salario del rico y éste del trabajo del pobre; el vasallo, de la ley sábia de su rey y éste de la obediencia y fuerzas de aquél para su defensa! ¡Qué armonía tan consoladora!

Resignaos, pobres, con vuestra suerte, pues bien veis que valeis tanto como los ricos; y si sois fieles á Dios y á sus divinos preceptos, estad seguros de que, aunque vuestra

fortuna en esta vida sea inferior á la de otros, podréis igualaros y aventajar algun dia en la otra á los más poderosos de la tierra.

JUAN CRUZ BUSTO.

Á LOS NIÑOS.

Gozad, tiernos niños,
Feliz primavera;
La dicha es ligera,
Constante el dolor:

Gozad entre tanto
Que dura la infancia,
Del mal la ignorancia,
El dulce candor.

No ven vuestros ojos
Del mundo las penas,
Las duras cadenas
Que arrastra no veis;
Pasiones ardientes
Que el pecho en que moran
Con ánsia devoran,
Tampoco teneis.

Falaz disimulo,
Que en tanto que el pecho
En pesar deshecho
Quisiera estallar,

Coloca en los labios
Fingida la calma,
Tampoco vuestra alma
Logró atormentar.

De dicha, de gloria,
De tiernos amores,
De agudos dolores
De faltas tal vez,

Los vivos recuerdos
No asaltan la mente
Ni el pecho inocente
De tierna niñez.

Tampoco sospecha
Que exista en el mundo
Quien ódio profundo
Sintiendo crüel,

Humilde besando
La mano enemiga,
Favores consiga
Que aumenten su hiel.

Gozad, tiernos niños,
Feliz primavera;
La dicha es ligera,
Constante el dolor:

Acaso algun dia
Lloreis de tal suerte,
Que ansiosos la muerte
Llameis con ardor.

Acaso perdida
La dulce confianza,
Sin fe ni esperanza
Con ánsia busqueis,
No dicha imposible,
Tan sólo el olvido
Del bien, que perdido
Por siempre veréis.

Quizá la conciencia
Os grite afanosa
Y accion vergonzosa
Os venga á nombrar,
Y entónces el sueño,
Que hoy es sosegado,
Se ausente alterado
Y os deje el pesar.

Acaso calumnia
Y envidia inclemente,
Con labio insolente
Os vengan á herir:

Rencor vengativo
Tal vez os maltrate,
Que es rudo combate
Del hombre el vivir.

Gozad, tiernos niños,
Feliz primavera;
La dicha es ligera,
Constante el dolor:

Tan sólo un juguete,
La flor más sencilla,
La tierna avecilla,
Amais con ardor.

Si gozan los niños
De tanta ventura,
Si dicha tan pura
Despues no han de ver,
Con fe procuremos
Que no turbe el llanto
De amargo quebranto
Tan justo placer.

Hagamos durable
Su infancia dichosa,
Despues tormentosa
La vida será,

Y el tiempo en que pasen
Sus penas llorando,
Sin fuerzas luchando,
Bien pronto vendrá.

Tambien ¡ay! de pena
Llorar suele un niño,
Amparo y cariño
Le faltan tal vez.

Y llanto de envidia
Derraman sus ojos,
Y pasa entre enojos
Su triste niñez.

Ved, niños felices,
Su inmensa desgracia,
Con tierna eficacia
Su llanto enjugad,

Y viendo un hermano
En ese que llora,
Si amparo os implora,
Tened caridad.

Gozad, tiernos niños,
Feliz primavera;
La dicha es ligera,
Constante el dolor.

Mas ved, si placeres
El mundo os presenta,
Que el más puro ostenta
Caridad y amor.

ADRIANA FERNANDEZ Y SALINAS.

¡POBRE NIÑO!

(Conclusion.)

III.

—¡ Señorito, por caridad, una limosna, por el amor de Dios!

—¡ Esa voz! Sí, eres tú, sin duda; ¿no es verdad?

—¡ Ah! ¡ Cuando me socorrísteis, cuando vuestra hija dióme, cariñosa, su galleta, yo tenía hambre, hambre solamente: ahora, en este momento, el frio me hace sufrir mucho: tengo tanto frio!....

—Sí, sí, lo comprendo, pobre ni-

ño: tus vestidos están rotos y son tan finos que difícilmente pueden prestarte el menor abrigo.

—Esta mañana mi madre se quitó el pañuelo que tenía á su cuello y lo rodeó á mi garganta: mi buena madre no poseia otra prenda de abrigo, y dióme, pues, cuanto darme podia.

—¡ Ah, pobre niño! Yo te procuraré lo que no tienes: ántes fué mi hija la que te dió sus besos y su pan: ella, como tu piadosa madre,

no creia tener otra cosa que darte; pero ahora, ahora mi hija duerme en su camita, donde tiene á su madre que vigile su sueño, donde encuentra blando descanso, abrigo suficiente. ¿Quieres, pues, llevar á tu mamá una manta que alivie tu desgracia y pueda preservarte esta noche de los rigores del frio?

El desgraciado mendigo no respondió palabra: aquella proposicion era casi incomprendible para quien á veces sólo recogia miserable limosna apénas suficiente para comprar un pan.

¡Una manta!

Esto representaba para el niño una noche sin frio; un invierno sin sufrimiento: su felicidad era en aquel momento tan grande, que, sorprendido, atónito, me miraba sin poder articular palabra.

—Vén, vén conmigo: vamos á comprar una manta, que llevarás á tu madre.

Siguióme el pobrecito entre confuso y sorprendido, y entramos en suntuoso establecimiento, donde pude adquirir la prenda aquella, que representaba para aquel desgraciado un mundo de esperanzas; y cuando yo quise entregársela para que corriera presuroso á llevar á su madre el precioso regalo, parecía menti-

ra aquello que veia; creia ilusion cuanto le acontecia, y permaneció quieto, con aquella manta que le abrumaba con su peso, tan cortos eran sus años, tan tierna era su edad.

—Corre, corre, hijo mio, y acompaña esa dádiva con esta moneda: de este modo tú y tu madre podréis encontrar esta noche cena que restaure vuestras fuerzas, abrigo que vigorice vuestros miembros.

A estas palabras corrió veloz el pequeño mendigo, y bien pronto desapareció de mi vista: su alegría, su admiracion eran tan grandes, que partió sin darme las gracias, sin despedirse de mí.

Pagué yo entónces aquel objeto que podia tal vez salvar á aquel niño del riguroso frio, y salí á la calle, donde el helado soplo del viento azotó mi rostro.

Entónces me acordé de mi hija, de mi hija angelical, que dormia dulcemente velada por su madre; y al sentir aquel frio, aquel viento glacial que llegaba á mi rostro, me parecia que no podia alcanzar á mi hija, porque debia abrigarla tambien aquella manta que habia comprado al infeliz, al desgraciado niño.

E. THUILLIER.



LOS ZAPATITOS NUEVOS.

Mariquita tenía muchas ganas de unos zapatitos nuevos.

Ya los tiene; su mamá se los ha comprado, privándose acaso de co-

mer, porque la mamá de Mariquita es muy pobre.

Pues señor, Mariquita ha ido al río con su madre, que va á lavarle la



ropita, y no hace más que mirar y remirar los zapatitos nuevos, tan relucientes y tan bonitos.

Para no estropearlos le parece que lo mejor es llevarlos en la mano, y ahí la tienen ustedes en camisita, mientras su madre le lava el vestido. No se resfriará, porque hace

mucho calor, pero no puedo aprobar que ande descalza. Los zapatitos se han hecho para los piés.

Y temo que Mariquita, que es muy traviesa, acabe por hacer alguna diablura con los zapatitos.

(Se continuará.)





LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ (1).

(APÓLOGO.)

Se encontraba el rey Perico
 Con una grave dolencia:
 Ni al pobre le daba audiencia,
 Ni mayor riqueza al rico.
 Si calma, sin alegría
 Y sin gusto para nada,
 La corte estaba atontada
 Creyendo que se moria.
 No se hallaba una funcion
 Por un ojo de la cara,
 Y, lo que es cosa más rara,
 Ansiaba su curacion.
 Los doctores estudiaban
 Aunque nada conseguian;
 Pero si vista perdian
 Sus bolsillos engrosaban.
 Y el pobre rey, entre tanto,
 De venerada memoria,
 No meditaba en su gloria;
 Pero si en el Camposanto.

Consultado un adivino
 Sobre cuestion tan urgente,
 Dió este informe diligente
 Consultado que hubo el sino:
 «La medicina precisa
 Es que de un hombre feliz,
 De batista ó de terliz,
 El rey gaste la camisa.»
 Tuvo Consejo el Gobierno
 Sobre este caso importante,
 Y discutiendo incesante
 Se pasó todo el invierno.....
 Y entre tanto el rey Perico,
 Víctima de su dolencia,
 Ni al pobre le daba audiencia
 Ni mayor riqueza al rico.

II.

Sobre dos enjaezados alazanes
 Llenos de cintas, flores y penachos

(1) Del libro *Moral infantil*, que acaba de ponerse á la venta.

Se despiden del triste rey Perico
 Dos de sus más queridos cortesanos.
 Tratan de conquistar una camisa
 De algun hombre feliz, y piensan vanos
 Ser su empresa tan fácil y sencilla
 Que su viaje no ha de ser muy largo.
 Llegan á una ciudad y ven que todos
 Reniegan poco ménos de su estado,
 El militar por no tener ascensos,
 Por no tener litigios el letrado,
 Por sus obras silbadas los poetas,
 Por la poca salida de sus cuadros
 El pintor, por la calma los perversos,
 Por las revoluciones los pacatos
 Y porque la salud es excelente
 Y no hay á quien sangrar los cirujanos.
 Al ver que no se encuentra allí la dicha
 Se marchan nuestros dos comisionados
 Y llegan á una aldea pintoresca,
 Llena de animacion y mil encantos;
 Pero ven con dolor que no se encuentra
 La camisa de un hombre descuidado
 Que ni pretenda conquistar riquezas
 Ni, conseguidas, haga de ellas caso.
 Allí ven solo enemistades viles
 Y de inmoralidad el sucio manto,
 Que, mintiendo virtudes imposibles,
 Oculta con sus pliegues el escándalo.
 Cansados ya de su trabajo estéril
 Deciden en union abandonarlo;
 Se ponen en camino hácia la córte
 Y encuentran al cruzar junto á unos prados
 A un pastor que, en la puerta de su choza,
 Canta, fija su vista en el ganado.
 Llegan á saludarle muy corteses
 Y él, sin moverse ni siquiera un paso
 Les devuelve saludo por saludo
 Y sin cuidarse más, sigue cantando.
 «Este ha de ser nuestro hombre» dicen ellos,
 Y al pastor para hablarle se acercaron.

III.

— Decid, buen hombre, ¿qué haceis
 Para estar tan satisfecho?

— Libre de penas el pecho
 Guardo ovejas, como veis.

— ¿Luégo sois rico?

— Lo ignoro:

Pero pienso que es riqueza
 Ver el sol desde que empieza,
 Vertiendo sus rayos de oro;
 Cómo todo cuanto quiero,
 Y amor me da mi zagala
 Que es de este valle la gala.

— Pero no tendrás dinero.....

— ¿Y para qué lo querria?

Dicen que roba la calma
 Y aleja de nuestra alma
 Tranquilidad y alegría.

— Con él tendrías placeres

Que te cercasen doquier,
 Y en lugar de una mujer

El amor de cien mujeres.

— ¿No sabeis que soy cristiano
 Y con una me contento?

— Tendrías joyas sin cuento.....

— Que sientan mal á un villano.

— ¿Nunca fuiste á la ciudad?

— No salí de mi cabaña.

— Escuchar eso me extraña.

— Pues es la pura verdad.

— ¿Quién te enseñó?

— El corazón.

— ¿Late tranquilo?

— Y sereno.

— ¡Eres sabio!

— No: soy bueno.

— ¿Nunca tuviste ambicion?

— De ver crecer el maíz

Y tener sano el ganado.

— ¿Luégo es dichoso tu estado?

— Es mi estado el más feliz.

— Y..... si alguno te pidiera

Una cosa, ¿la darías?

— Sí, las cosas que son mias

Son tambien de quien las quiera.

— Tu vida de patriarca,

Esa tranquila sonrisa.....

Pastor, dame tu camisa

Para curar á un monarca.

Mi peticion atrevida

Disculpa.....

— No, no hay de qué;

Pero no os la doy.

— ¿Por qué?
— Porque no la usé en mi vida.

Lectores, tened la risa

Ante mi dato curioso:
Sólo hubo un hombre dichoso
Y ese..... no usaba camisa.

M. OSSORIO Y BERNARD.

ORÍGEN É IMPORTANCIA DE LA ESCRITURA Y DE LA LECTURA.

Si mis no interrumpidas ocupaciones me lo permiten, queridos niños, en una porcion de articulitos pienso explicaros, con el lenguaje pueril con que hasta aquí lo vengo haciendo, la importancia de los ramos más principales del saber humano.

Espero que los leeréis con gusto, y me prometo tambien de vuestra reconocida ilustracion que procuraréis grabarlos en vuestra memoria, como preservativo contra la acidia é indiferencia con que en vuestra tierna edad suele mirarse el estudio.

Basta de preámbulo: al grano.

Siendo la escritura y la lectura como la base y fundamento en que descansa el majestuoso santuario de las ciencias, natural es que, al ocuparnos de ese grandioso edificio, principiemos á hablar del origen y utilidad de sus dos sólidos cimientos.

La invencion de la escritura es, en opinion de algunos, como San Agustin, tan antigua como el hombre; otros la atribuyen á Set; algunos á Abraham; los caldeos, sirios y egipcios dicen que es suya, y Lucano reconoce por autores á los feni-

cios, no faltando quien le pruebe lo contrario.

De modo que de cierto nada se sabe de su origen.

De lo que no puede dudarse es de la inmensa utilidad de tan milagrosa inspiracion.

Antes que ella se inventára, la memoria de los grandes sucesos y célebres descubrimientos tenía que estar archivada, digámoslo así, en la falible memoria de los hombres, sujeta á cada paso á mil funestas contingencias y ofuscaciones; es decir, que los hombres de hoy sabian lo sucedido ayer porque otros se lo habian comunicado verbalmente. ¡Cuántas mentiras se contarían! ¡Cuánto embrollo y confusion habría en la relacion de los inventos! ¡Cuánto tardarian en propagarse los útiles conocimientos!

La escritura alfabética vino á remediar tamaños males. ¡Dia feliz el de su descubrimiento! Desde entonces se hizo duradero lo que por su naturaleza es fugaz y transitorio; recibió cuerpo el pensamiento; se dió como forma material á las ideas; y el europeo y africano, y el asiático y

el americano, con tan prodigioso medio, pudieron conversar sin salir de sus hogares; y las generaciones presentes pudieron comunicar con las que ya habian desaparecido de la tierra; las ciencias y las artes recibieron mayor impulso, y los útiles inventos se propagaron con la velocidad que merecian.

¡ Una y mil veces bendita la cabeza que tanto bien hiciera á la humanidad!

De la utilidad de la escritura se desprende naturalmente la de la lectura, como lo vais á ver en el siguiente

CUENTO.

POR NO SABER LEER.

En tiempo de la guerra de la Independencia, cuando el general Alava libró á la capital gloriosa de Victoria del feroz saqueo que habian principiado los franceses, un jóven cantinero aragonés, que servia al ejército de España, recibió una grave herida en el muslo derecho, despues de haber ocultado entre la tierra una gran maleta llena de oro, que el enemigo habia arrojado en su precipitada fuga vergonzosa.

A las voces de auxilio que lanzaba el pobre cantinero, acudieron algunos militares españoles á socorrerle, y le trasladaron al hospital más inmediato.

Visitado por los facultativos, acor-

daron, despues de algunos dias, amputarle la pierna, para lo que le aconsejaron se confesára como buen cristiano, y arreglase sus cosas, como se dice comunmente.

Recibidos los auxilios espirituales, escribió por su propia mano una carta á su padre, que habitaba en Zaragoza, en la que le decia circunstanciadamente el sitio en donde habia enterrado la maleta, para que inmediatamente pasase á recogerla.

Como el padre no sabía ni la jota, confió la lectura de tan importante misiva á un sujeto que le inspiraba suma fidelidad; pero apénas su lector se hubo enterado minuciosamente de su contenido, tomó un caballo, con el que en muy poco tiempo se trasladó al sepulcro de aquel inmenso tesoro, á donde fácilmente le llevaron las señas inequívocas que habia tomado de la carta, defraudando las esperanzas del ignorante padre del herido, que se presentó el dia despues de la casual resurreccion de la maleta.

¿ Veis, queridos niños, qué fortuna se perdió el ignorante padre por no haber sabido leer la carta de su hijo?

El que sabe leer no se expone á estos contratiempos; puede pasar dulcemente las horas de descanso y sobreponerse, como dice Plinio, á todas las desgracias.

JUAN CRUZ BUSTO.



LA HUÉRFANA ELISA.

AMOR FILIAL.—CARIDAD.—RECOMPENSA.

I.

Elisa era una niña de diez años, huérfana de padre, militar de la guerra de la Independencia, en la que derramó su sangre, y en donde tan alto rayó el patriotismo de los españoles en la lucha horrible contra el invasor Napoleón I; pues cada español, joven ó anciano, hacía alarde de un valor, de una constancia y de un heroísmo superiores á todo elogio, á fin de arrojar al extranjero del patrio suelo, como al fin lo consiguieron aquellos ínclitos varones nuestros predecesores.

La madre de Elisa quedó viuda á los 40 años de edad; y efecto de su delicada constitucion y de padecimientos morales, sobre todo, que tanto destruyen la naturaleza, se hallaba en tan gran estrechez de recursos, que á duras penas pudo ir viviendo algunos años animada por los constantes cuidados de su tierna hija, que siempre la prestó todo género de consuelos.

Fija constantemente la mirada de Elisa en el semblante de su querida y buena madre, procuraba adivinar sus pensamientos para anticiparse á realizarlos si eran de aquellos que pudieran satisfacerse; pues atendida la carencia de recursos, era dado

muy escasas veces á tan bella hija el satisfacerlos: si bien la madre, conociendo su pobre situacion, no exigia tampoco imposibles. Pero como el mal de la madre se iba prolongando y los recursos se acabaron, la buena Elisa se encontró en situacion tan apurada, que un dia llegó á verse sin ningun auxilio y sin saber cómo salir de aquella crisis suprema.

Sin más bienes de fortuna que la escasa paga de capitán retirado, al morir aquel veterano que derramó su sangre por la patria, no dejó á la viuda otra renta que la corta paga que en concepto de viudedad la correspondia y con la cual fueron viviendo llenas de privaciones y casi hasta con miseria. Pero la desastrosa guerra civil de los siete años iniciada á la muerte de Fernando VII, aquella lucha entre hermanos que, como la de hoy, desgarró las entrañas de la patria, trajera como consecuencia, además de sangre y venganzas sin cuento, inmensos gastos para sostenerla, todos los recursos del Estado se agotaron; y tal situacion hizo que las demás atenciones de empleados activos cesantes, retirados y pensionistas se olvidasen por completo, y de aquí que la buena Elisa y su madre querida tocasen á las puertas de la miseria.

Elisa, sin embargo, no desmayaba, quizá debido á sus pocos años, aún en medio del dolor y del abatimiento de la madre: y haciéndose superior á las desgracias que las rodeaban, *sostenida por la fe en la Providencia*, procuraba llevar al abatido ánimo de aquel sér querido el consuelo que la religion y su valor la prestaban en tan supremos momentos. Pero todo era en vano. Por más que Elisa sonreía y aparentaba una tranquilidad que no sentía, si bien el valor y las fuerzas no la faltaban, no se ocultaba á su madre la profunda pena que minaba aquella alma noble y querida, aquel corazón generoso y sencillez de su hija, que, cual hermosa y floreciente rosa, se iba agostando poco á poco agobiada por el sufrimiento.

Elisa era en extremo amable con su madre, cariñosa con sus amigas y caritativa con los desgraciados cuando todavía en vida de su padre se hallaba en disposición de dar una limosna al pobre mendigo que llegaba á la puerta de su casa. ¡Cuántas veces dió el pedazo de pan que estaba comiendo como merienda al pobre que pedía *una limosna por el amor de Dios!*

Efecto de sentimientos tan bellos, Elisa era muy querida en el pueblo, y todos admiraban el juicio y sensatez con que acudía á las atenciones de la casa y al cuidado de su madre, que, sin otros recursos que los proporcionados por la caridad de algunos amigos, soportaba con resignación las contrariedades de la vida, y

que, gracias á las almas generosas, pudo conllevar por algun tiempo más. Al fin todos los desvelos de Elisa, todo su amor, todos sus sufrimientos, todos sus nobles sacrificios por conservar la vida de su madre y alargarla lo posible, todos los esfuerzos heroicos que hiciera, todos fueron inútiles.....

Sucumbió la madre derramando bendiciones á su querida hija, y quedó huérfana, sola en el mundo, á los 16 años de edad, en la que tan fácil es naufragar en medio de las oleadas y contrariedades de la vida y cuando se pone á prueba la más acrisolada virtud entre el vicio seductor que halaga con el lujo y los placeres y la triste expectativa de un porvenir de lucha y de miseria.

II.

Las amarguras de Elisa al verse sin madre, sin ese ángel tutelar que vela incesantemente por el hijo de sus entrañas y hallarse sola en el mundo, sin nadie que mirase por ella con el cariño que una madre solamente sabe hacerlo, fueron inmensas. Ni la reflexión, ni el sentimiento religioso tan arraigado en ella que tanto contribuye á endulzar las amarguras del alma, y que cual bálsamo de consuelo cae sobre nuestro espíritu para llevar con resignación pérdidas irreparables de seres queridos, fueron bastantes en los primeros meses á hacer olvidar á Elisa la muerte de su madre.

Aquella jóven en flor de una be-

lleza admirable, pero más bella y más hermosa aún cien veces por las cualidades morales que por las físicas, fué recogida por un matrimonio sin hijos, regularmente acomodado, amigo de sus padres, y la miraron como hija, adoptándola y queriéndola con verdadero cariño paternal. ¡Tan bella es y tan admirable la impresion que hace en el hombre generoso el sentimiento de la desgracia!

El tiempo, ese mensajero que corre veloz en el corto camino de la vida, fué amenguando el dolor de Elisa, y recobrando la tranquilidad su alma noble con el cariño de sus nuevos padres, volvió á adquirir la natural animacion alimentada con el consuelo de las oraciones que dirigia á Dios por el eterno descanso de sus inolvidables padres. ¡Quién que haya perdido una persona querida no habrá experimentado el consuelo que presta la religion en tales casos! Y si no fuera por ese bálsamo consolador que prestan la fe y el sentimiento religioso, ¡cuántos y cuántos sucumbirian víctimas de su profundo dolor!

Pero dejando aparte esas consideraciones que afluyen á nuestra imaginacion en este momento como amorosos recuerdos de seres perdidos para siempre, y á quienes no podemos apartar de nuestro corazon ni recordarlos sin derramar una lágrima á su memoria, tomaremos el hilo de nuestra narracion volviendo á ocuparnos de la bella huérfana Elisa, que, simpática, dulce y encantadora, se nos presenta á nuestros ojos en esta se-

gunda etapa de su vida, para verla tan dichosa como merece por sus bondades y sufrimientos.

III.

Habian trascurrido cuatro años, y Elisa se hallaba en una edad en que el desarrollo de sus gracias y hermosura, unidas á las virtudes que la adornaban, hacian ser admirada y querida por cuantos la conocian.

De talento claro y de gran aplicacion al estudio y al trabajo, queria demostrar á sus padres que no en balde la habian adoptado como hija en su orfandad y desgracia, pues se afanaba con placer por llenar las obligaciones propias de su sexo dentro de la casa, siendo por ellos cada dia más mimada y querida. Se instruyó ademas en las labores de adorno y adquirió los conocimientos necesarios en lectura, escritura, geografía, historia y aritmética, alternando con esas atenciones las de piano, que llegó á tocar regularmente, formando con esos conocimientos lo que se llama una señorita bien educada.

Con tales antecedentes, Elisa era, digámoslo así, la estrella que brillaba en el país, y objeto de conversacion en muchos pueblos del contorno, queriéndola todas las jóvenes de su edad, que, léjos de mirarla con envidia, la adoraban con respeto, porque era afable y cariñosa con todas y caritativa con los necesitados. La fama de la hermosura y virtudes de Elisa llegaron á oidos de un foraste-

ro que la casualidad llevó al pueblo, de paso para Madrid, y deseoso de conocerla, hizo que le presentasen en la casa, quedando desde luego prendado de su hermosura, y más que todo, de su amabilidad encantadora y de la dulzura de su carácter que seducía á cuantos la trataban.

No fué necesario más para que el caballero se detuviese unos dias en el pueblo y entablase amistad con los padres de Elisa: y como hombre ya de juicio, pues tenía treinta años, les manifestó el motivo que le habia llevado á su casa y el deseo de unirse en matrimonio con Elisa, cuya hermosura y bellas cualidades morales habian interesado su corazon: que llegado recientemente de América, donde habia adquirido una regular fortuna para vivir holgadamente, queria compartirla con una compañera de tan relevantes prendas y que le hiciese feliz.

Los padres de Elisa agradecieron al caballero sus buenos deseos y le prometieron consultarlo con ella para ver qué la parecia y darle la contestacion con su asentimiento. El novio era simpático y habia impresionado algun tanto á Elisa, por más que su modestia la impidiese demostrarlo; porque aleccionada en la desgracia, y muy querida de sus nuevos padres, que lo fueron realmente para ella, supo contenerse en sus manifestaciones por más que el aspirante á su mano demostraba su passion de esa manera que, sin expresarse con palabras, se manifiesta más elocuentemente con los ojos, verdaderos mensajeros del amor.

(*Se concluirá.*)

INDALECIO MARTINEZ ALCUBILLA.

Noviembre 25 de 1875.

ADVERTENCIA.

La Administracion de Los Niños, en Madrid, queda establecida en la Plaza de Matute, 2, adonde se dirigirán las suscripciones.

El Director de Los Niños traslada su residencia á Salamanca, y allí pueden dirigirse, á su nombre, los suscritores de provincias, en la seguridad de que serán servidas las suscripciones á Los Niños, sin demora. Pueden los suscritores enviar su pago en libranzas del Giro mutuo, pagaderas en Salamanca ó en Madrid, como gusten.

Los Niños continuarán publicándose como hasta aquí, procurando la Direccion mejorar cada vez más las condiciones artísticas y literarias de la publicacion, para corresponder dignamente al favor de los padres de familia.